

RELATO CORTO

TÍTULO: El relevo invisible

Dicen que en los hospitales hay fantasmas. No los de sábana blanca y cadenas, sino otros más discretos: los que aparecen cuando todos los demás desaparecen.

Yo soy uno de ellos. Me llaman supervisora general de Enfermería y... estoy de guardia.

Tengo despacho con una mesa, un teléfono y un reloj que parece correr a otro ritmo, y que arranca en cuanto la Dirección se va. Soy el puente entre el día y la noche, entre lo previsto y lo imprevisto, entre el protocolo y la humanidad.

Cuando llego al hospital, éste me observa con una especie de complicidad muda. Es como si me dijera: “Te toca mantener mi corazón latiendo hasta mañana.”

Y entonces, como cada día, respiro hondo, reviso la agenda, y empiezo mi guardia.

La orquesta invisible

Ser supervisora general de Enfermería es como dirigir una orquesta sin partitura escrita.

Cada unidad tiene su propio ritmo, su tono, sus silencios y sus urgencias. Y mi papel no es tocar ningún instrumento, sino asegurarme de que la melodía común suene afinada.

Esa tarde empezó con una de esas llamadas que parecen sencillas:

—“Super, necesitamos que subas un momento. Hay tensión en la planta.”

Cuando llegué, un equipo cansado lidiaba con un ingreso complicado y una familia difícil. No había grandes conflictos, pero sí miradas tensas y hombros caídos.

Me acerqué, pregunté, escuché... y con cuatro frases, un gesto y algo de humor, conseguimos enderezar el ambiente.

A veces el liderazgo no es dar órdenes; es recordar al equipo por qué hace lo que hace.

La noche, ese examen sorpresa

Las guardias son exámenes sorpresa. Y no se evalúa teoría: se evalúa templanza.

Aquella noche, el ascensor principal se averió. El teléfono no paraba: “Super, ¿qué hacemos?”, “Super, los celadores están arriba”, “Super, tenemos un traslado urgente”.

Y allí estaba yo, en medio del torbellino, coordinando con mantenimiento, reorganizando rutas, redistribuyendo recursos.

No hay protocolo para eso. Hay criterio, serenidad y una dosis de humor que te salva de perder los nervios.

Mientras caminaba por los pasillos semioscuros pensé: “Esto no es solo resolver incidencias. Es cuidar del cuidado.”

Y cuando por fin el ascensor volvió a funcionar, no hubo aplausos, pero sí algo mejor: un silencio tranquilo y un equipo que respiraba sincronizado.

El ADN del hospital

Ser supervisora de guardia es custodiar el ADN del hospital.

No ese que está en los documentos corporativos, sino el que se respira en las unidades cuando alguien tiene un mal día y otro le ofrece un café sin decir nada.

El que se nota cuando una enfermera veterana enseña a una nueva cómo mirar al paciente, no solo cómo pincharle.

Esa noche, en una planta, una enfermera me dijo:

—“Super, no sé si estamos haciendo lo suficiente por este paciente.”

Y nos quedamos las dos un momento, mirando a ese hombre dormido, escuchando el ritmo de la bomba de infusión.

—“Lo estás haciendo muy bien”, le respondí. “A veces cuidar es estar, aunque no haya más que hacer.”

El liderazgo, pensé, también consiste en dar permiso para sentir.

La llamada inesperada

A las tres de la mañana, cuando el hospital se aquieta y los pasillos huelen a desinfectante y sueño, el teléfono sonó de nuevo.

Un conflicto entre turnos.

Dos profesionales agotadas, palabras cruzadas, el estrés acumulado de varios días.

Entré sin prisa, sin juzgar.

—“Vamos a respirar un momento —les dije—. Aquí no hay culpables, hay cansancio.”

Las miradas se ablandaron.

Media hora después, el problema no había desaparecido, pero el equipo había vuelto a ser equipo.

No hay magia, hay presencia.

Y a veces eso basta.

Cuando bajé al despacho, me reí sola: “Deberían darnos un máster en diplomacia, psicología y malabares emocionales.”

Pero luego pensé que ya lo tenemos: se llama experiencia de Enfermería.

Amanecer

A las siete, el hospital empieza a despertar. Los pasillos huelen a café, las luces frías se apagan, y el murmullo del día se cuele por cada puerta.

Yo reviso los partes, anoto incidencias, dejo mensajes claros para la Dirección y, como siempre, añado mi pequeña nota personal: “El hospital ha descansado, pero no ha dejado de cuidar.”

Me quito la bata, cierro el despacho y siento el cansancio dulce de quien ha estado en todos los sitios sin pertenecer del todo a ninguno.

He sido sostén, mediadora, referencia, brújula.

He estado detrás de cada decisión, pero sin firmarlas.

Y eso —ese liderazgo silencioso— tiene una belleza que pocas profesiones entienden.

Epílogo: El relevo invisible

Una enfermera joven me dijo una noche:

—“Super, ¿no te pesa tanta responsabilidad?”

Y le respondí sin pensarlo:

—“Pesa, claro. Pero más pesaría no tenerla.”

Porque liderar, en nuestro trabajo, no es mandar: es mantener el pulso humano del sistema.

Es saber cuándo intervenir y cuándo dejar que el equipo brille solo.

Es sostener el ADN del cuidado incluso cuando la Dirección duerme.

Apago la luz, dejo las llaves sobre la mesa y sonrío.

Pronto otro día tomará el relevo.

Y nadie sabrá todo lo que ha ocurrido en esas horas suspendidas entre el día y la noche.

Pero el hospital sigue en pie, y con él, el alma de todos los que lo cuidamos.

Porque ser supervisora general de enfermería de guardia no es solo estar de servicio; Es mantener despierto el corazón invisible del hospital.